

Una mirada femenina sobre el trabajo: la experiencia de dos generaciones

Cristina Carrasco Bengoa¹

Hace unos meses Elena Grau me propuso escribir un artículo para este Anuario sobre la experiencia de las mujeres en el trabajo; en el sentido de si su participación en los distintos trabajos las estaba llevando a cambiar su percepción y relación con esta actividad y si sería, por tanto, necesario una reconceptualización del trabajo a partir precisamente de la experiencia de las mujeres.

La idea me pareció de entrada interesante y atractiva. Sin embargo, sentí que no tenía ni suficiente autoridad ni información como para hablar de «la experiencia de las mujeres» (en plural). Fue así como se me ocurrió que debía dar voz a más mujeres. En ningún caso el tema se planteó como una investigación exhaustiva que incluyera a toda la diversidad de mujeres trabajadoras y por tanto que fuese representativo de todas las mujeres; la idea era sencillamente recoger más opiniones que las propias, particularmente de mujeres que pertenecieran a dos generaciones diferentes para ver la evolución en estas últimas décadas.

El resultado fueron dos sesiones independientes, participando en cada una de ellas entre 10 y 15 mujeres, agrupadas según la edad. Por una parte, las que llamaremos «las jóvenes» y, por otra, «las mayores» que accedieron amablemente a participar y realizar una reflexión conjunta sobre su experiencia y sus perspectivas de futuro en relación al trabajo. A todas ellas, nuestro profundo agradecimiento tanto por sus aportaciones como por el tiempo que dedicaron. El presente artículo es fruto de esas reflexiones. He intentado reflejar lo más fielmente las opiniones más generalizadas. Las ideas son pues colectivas, aunque la responsabilidad de lo escrito es exclusivamente mía.

¿Quiénes son las participantes?

Las mujeres que asisten al grupo de «las mayores» tienen características bastante similares. La edad está alrededor de los 50 años, mayoritariamente son feministas y militantes de movimientos emancipatorios desde su juventud. Además, son mujeres que de una u otra manera están y/o han estado reflexionando sobre una serie de cuestiones en torno a la condición y el trabajo de las mujeres. Así, aunque la similitud que presentan entre ellas pueda representar una pérdida de riqueza por la escasa diversidad, el hecho de haber mantenido una reflexión sobre los asuntos que nos interesan, hace que el análisis trascienda más allá de la propia experiencia.

Por su parte, las mujeres que asisten al grupo de «las jóvenes», también son semejantes en algunos aspectos pero, sin embargo, diversas en otros. Son semejantes en el rango de edad (entre 25 y 30 años) aunque hay alguna menor y alguna mayor. La gran mayoría tiene o ha tenido experiencia de vida en pareja (hetero u homosexual), incluyendo algunas con más de una experiencia. Pero, en general no han realizado bodas ni matrimonios clásicos, más bien hablan de «vivir en pareja». Ninguna tiene hijas(os). Son de nivel social más o menos parecido, diríamos clase media o media baja. En general están estudiando o han estudiado alguna carrera universitaria. También es bastante común que combinen empleo y estudios (aunque estos sean de post grado). Y

también muchas de ellas —no todas— tienen alguna participación en movimientos sociales.

Estas características tan semejantes nos podrían hacer pensar en personas muy similares. Sin embargo, estas mujeres jóvenes son diversas en aspectos digamos más subjetivos: la valoración que hacen del trabajo mercantil, la forma de enfocar la vida en pareja, la crítica o reconocimiento de la familia como institución.

La diferencia entre las mujeres más jóvenes y las más adultas, en relación a la mayor diversidad que presentan las primeras, puede deberse en parte importante a las situaciones absolutamente diferenciadas entre las propias madres de ambos grupos de mujeres. Las mujeres más mayores son hijas de una generación de madres muy parecidas, en el sentido de que viven en una época en que el modelo dominante es el de mujer-ama de casa. Este es precisamente el modelo que será rechazado por sus hijas (nuestras mujeres adultas) y de aquí que sus percepciones, valoraciones, críticas y vivencias sean muy similares.

En cambio, nuestras mujeres más jóvenes son hijas de una generación que pone en cuestión el modelo establecido y la división del trabajo por sexo. La ruptura del modelo de trabajo —aunque en el simbólico los roles de mujeres y hombres se mantengan— y los intentos de construir algo diferente, que finalmente se va decantando hacia un modelo de doble presencia femenina y unipresencia masculina, tiene como resultado la inexistencia de un modelo dominante. De aquí que, nuestras mujeres jóvenes se encontrarán con comportamientos muy variados en sus propias madres como fruto de los profundos cambios de la época y, por tanto, sin un rol determinado y claro que imitar. En consecuencia, a pesar de que sus formas de vida puedan ser similares, los elementos más subjetivos y valorativos pueden ser muy diversos.

Actitudes y percepciones en torno al trabajo doméstico ^[2]

Las actitudes y percepciones de nuestras dos generaciones de mujeres en relación al trabajo doméstico y otros aspectos de sus vidas, no son ajenos —como era de esperar— al mundo y la época que les ha tocado vivir. El modelo tradicional de familia (considerado como «ideal») —según el cual el hombre era el responsable de aportar el dinero necesario para la subsistencia familiar y la mujer, de realizar el trabajo doméstico y de cuidados— vigente en el estado español hasta finales de la dictadura franquista, es cuestionado por nuestras mujeres mayores en los años setenta. Detrás de esta crítica yacía la idea de que la entrada creciente al mercado laboral cambiaría el modelo familiar y, en consecuencia, la posición de las mujeres en otros aspectos fundamentales de la vida. Y, en parte, fue así. De hecho, en las últimas tres décadas, la situación social y familiar de las mujeres ha experimentado profundas transformaciones. Sin embargo, nos equivocamos al pensar que la participación en el mercado laboral de forma análoga a la de los hombres, conduciría automáticamente a una responsabilidad compartida en el trabajo doméstico. El error fue plantear como cuestión individual de cada una algo que era un problema social y político —la organización del trabajo— y que como tal, requería soluciones colectivas. Finalmente, el modelo que se ha ido consolidando cada vez más en los últimos años es el de unipresencia masculina (en trabajo de mercado) y de doble presencia femenina (en ambos trabajos). Las mujeres al ir asumiendo el trabajo de mercado no abandonaron las actividades del hogar (aunque se han transformado), pero los varones no pasaron a compartirlas con ellas. Este proceso estaría mostrando

que el trabajo del hogar tiene una dinámica y objetivo propio, no depende de la dinámica o estructura del mercado laboral sino de las necesidades humanas que son perentorias y, por tanto, ineludibles.

En los años setenta, la actitud de la mayoría de las mujeres —entonces jóvenes— era de absoluto rechazo al trabajo doméstico, aunque hay que señalar que algunas lo vivieron como experiencia positiva. Se consideraba en general una actividad nefasta, agobiante, esclavizadora, algo sin sentido, sin importancia; aunque podían haber determinadas tareas que se reconocían interesantes. Esta percepción se veía reforzada por el mensaje más o menos común de las respectivas madres que insistían en el estudio y el trabajo de mercado como la única forma de lograr la «anhelada independencia»: «para que no te pase lo que a mí», era una frase usual. Sin embargo, curiosamente, a la vez que nos animaban a estudiar, nos enseñaban también a cuidar y nos trasmitían un modelo de calidad de vida: limpieza, orden, armonía...

Es bastante evidente, que tanto el mensaje como la escasa valoración del trabajo doméstico que lleva implícita, revela una confusión entre lo que significaba ser «ama de casa a tiempo completo» y «aguantar al marido» y lo que significa el trabajo doméstico en sí mismo. Es decir, más que rechazar el contenido de la actividad, se estaba rechazando el modelo familiar vigente, lo que representaba de identidad para las mujeres, la relación social que establecía: «te tocaba por ser mujer». Situación agudizada en España por el modelo educativo franquista que remarcaba las asignaturas «marías» específicas de las mujeres, como la de corte y confección. Todo en conjunto contribuía a que no se valorara nada de lo que tenía que ver con «trabajo de mujeres» como el coser o el cocinar. En definitiva, el problema de fondo era una confusión entre el «ser» y el «hacer». El ser hace referencia a la identidad, en este caso, «ama de casa» y el hacer no compromete la identidad de la persona y puede representar una mayor libertad de decisión.

Además, el rechazo al modelo familiar, incluía la fuerte oposición a la familia como institución opresora y, en particular, a la autoridad del padre. Esto reforzaba el interés por el trabajo de mercado, ya que la valoración de que gozaba debido al poder del dinero, otorgaba mayor autonomía y libertad incluso en el interior de la familia, cuestión que se concretaba en más permisos para salir de noche y mayor disposición de dinero para gastos propios.

En estas tres décadas, las mujeres —ahora mayores— nos fuimos incorporando al trabajo de mercado, fue disminuyendo la figura del ama de casa tradicional (a tiempo completo) y la institución familiar fue adquiriendo formas muy diversas y, en general, bastante menos autoritaria. Es decir, se cuestiona la identidad «mujer-ama de casa» y se mitiga el poder masculino dentro del hogar, transformándose la familia en un espacio más democrático y más diverso.

En este proceso, fuimos dotando de valor al trabajo doméstico. De hecho, no lo abandonamos. Valoración que venía del reconocimiento de los trabajos femeninos como imprescindibles para el crecimiento y desarrollo de la vida. Sin embargo, a pesar de ello, se mantiene la idea de que es una actividad en muchos aspectos no grata de realizar, lo cual representa una aparente contradicción: no nos gusta limpiar, aunque valoramos que la casa esté limpia; no nos gusta realizar el trabajo doméstico, pero si lo hacemos vivimos muchísimo mejor. Este reconocimiento nos lleva a plantear el tema

desde otra perspectiva: el trabajo doméstico no puede tratarse como algo que estorba, que molesta, que hay que intentar eliminar. Por el contrario, es una actividad inevitable, ineludible, sencillamente «es» y, por tanto, hay que hacerla. Planteado de esta forma realista y simple, el trabajo doméstico se integra, acepta y vive de otra manera. La cuestión entonces es otra: dado que se trata de un trabajo —tal vez el único— realmente imprescindible para mantener la vida humana, entonces debiera ser la primera preocupación social y política. No se trata pues de una cuestión de buena disposición de algunas personas —mujeres u hombres— para realizarlo, sino que de un problema de organización social de los tiempos de trabajo y de vida. Volveremos sobre este tema en páginas posteriores.

Como consecuencia del proceso descrito, la nueva generación de mujeres jóvenes manifiesta una percepción muy diferente en relación a sus madres en el trabajo doméstico. Le conceden importancia, lo reconocen y valoran. Particularmente, cuando ya han abandonado el hogar materno o paterno y han creado su propio hogar. Esto nos lleva a pensar que las mujeres mayores no han transmitido una identidad de mujeres como amas de casa y sí posiblemente un reconocimiento a las actividades del hogar como elemento importante en la calidad de vida.

Sin embargo, hay una queja generalizada sobre el nivel de exigencia social del trabajo doméstico. Las mujeres jóvenes tienen la percepción de que el nivel de exigencia del trabajo doméstico ha ido en aumento: por una parte, los electrodomésticos facilitan muchas tareas, pero, por otra, se exige mayor nivel de limpieza en todos los aspectos: vivienda, ropa, etc. Además de que difícilmente se acepta socialmente el utilizar ropa, muebles o electrodomésticos «gastados». Esto representa un nivel de consumo que con mucha dificultad —y muchas horas de trabajo remunerado— pueden enfrentar. Lo cual supone retroalimentar el círculo vicioso «trabajo-consumo».

Ahora bien, a pesar de la valoración que estas mujeres jóvenes hacen del trabajo doméstico, cuando establecen la lista de prioridades de sus actividades, estas van en este orden: trabajo de mercado, estudio, militancias diversas, trabajo doméstico. Digamos que este último no ocupa el centro de sus vidas, en general se hace un día a la semana acumulado, pero no molesta el realizarlo. El día que toca hacerlo lo disfrutan porque valoran el espacio donde viven.

Sin embargo, todas coinciden en que el problema es la falta de tiempo. Se encuentran muy agobiadas porque tienen más de una actividad; en general, las que están estudiando también trabajan, o el trabajo remunerado les exige muchas horas. Se quejan de falta de tiempo para las relaciones, para el ocio u otras actividades. Este problema, que nos parece importante porque señala una diferencia en relación a sus madres cuando eran jóvenes, lo recuperaremos al comentar el trabajo de mercado.

El tiempo de cuidados: las mujeres sostienen la vida

A lo largo de estas décadas hay un elemento clave, que al inicio del proceso ni siquiera se nombraba y que, sin embargo, se ha ido percibiendo cada vez con más fuerza e identificándose como el factor principal del trabajo doméstico que determina las diferencias de género: me refiero al cuidado de los y las demás. En los años setenta, aunque aún sin capacidad de verbalizarlo, al menos comenzábamos a percibir que el «trabajo de cuidados» era otra cosa, algo diferente a lo que estábamos acostumbradas a

llamar trabajo doméstico. Aunque también era invisible, se valoraba lo que representaba de responsabilidad. Con el paso del tiempo, la experiencia del trabajo y de la vida fue haciendo del «cuidado» una tarea cada vez más visible y, en particular, la vivencia de la maternidad nos lo fue mostrando como una actividad fundamental para la sociedad. Considerar el cuidado como una actividad específica, permitió que el análisis tradicional del trabajo doméstico —en su función económica como reproductor de la fuerza de trabajo para el sistema capitalista— se nos mostrara inadecuado para explicar las complejas relaciones que implica la labor de cuidar tanto dentro como fuera del hogar.

Sin embargo, a pesar de que hoy lo valoramos y lo nombramos, la sociedad continúa sin reconocerlo como una actividad de responsabilidad social. Esto repercute negativamente en las mujeres, porque pasa a ser su obligación, en definitiva, un «asunto de mujeres». Al estar tan determinado el rol de «cuidadoras», las mujeres son muy poco libres al realizar el trabajo de cuidados. Es una elección muy condicionada tanto cultural como socialmente. Aunque posiblemente si no existieran los condicionantes sociales, una gran mayoría de mujeres seguiría eligiendo realizar esta actividad debido al valor que le dan. Además, la fuerte presión social ejercida sobre las mujeres y la interiorización que éstas tienen de su rol, les hace sentir enormes sentimientos de culpa cuando no lo asumen o no lo asumen en las condiciones que socialmente se espera de ellas.

En cualquier caso, a lo largo de las últimas décadas, las actividades de cuidados van adquiriendo cada vez mayor importancia dentro del pensamiento feminista. Los hogares pasan de ser considerados una «unidad productiva» a ser un «espacio de cuidados». Esto representa un punto de inflexión importante en el trabajo del hogar: en la medida que el esfuerzo físico y tiempo de producción de bienes se ha ido reduciendo en el hogar debido a las nuevas tecnologías y a la sustitución por bienes de mercado, queda cada vez más claro que el tiempo de dedicación de las mujeres en el hogar es tiempo de cuidados, definido y contenido por sí mismo.

Ahora bien, el haber dado nombre a la actividad de cuidados y haberla reconocido como la esencia del trabajo doméstico ha dado lugar a una situación un tanto confusa, aún hoy pendiente de resolver. La cuestión es, si el haberle dado el nombre de «trabajo» a la actividad doméstica incluidos los cuidados —e identificarla con el trabajo de mercado— no ha llevado a que estos últimos perdieran su verdadero contenido. En la actividad de cuidados —a diferencia del mercado— la relación personal es esencial, la relación entre la persona «cuidadora» y la persona «cuidada» es imposible de aislar de la propia actividad. El cuidado no es un «trabajo» específico en sí mismo, sino que se puede desarrollar a través de un amplio rango de actividades. Este conjunto de aspectos relacionales —que cada vez más representa una parte más importante de las actividades realizadas en el hogar— lo hace difícilmente comparable al trabajo de mercado. De aquí, la dificultad de llamarlo «trabajo». Y, precisamente por este problema conceptual, que lo hace no identificable con la actividad valorada (el trabajo de mercado), es aún menos reconocido. Socialmente es más fácil de aceptar como trabajo la preparación de un plato de comida en el hogar, que tiene sustituto de mercado, que no una actividad como los cuidados que no puede ser sustituida al menos no en toda su dimensión.

En cualquier caso, las mujeres mayores reconocen la actividad de cuidados como una actividad sencillamente necesaria de realizar. Es necesaria para la subsistencia de las personas y de la sociedad, de ella depende nada más ni nada menos que la vida humana. La cuestión de fondo no es entonces si es o no un trabajo, sino que es una actividad que implica tiempo y energías y que hay que combinarla con otras actividades o trabajos, y ahí reside el problema. Es un uso del tiempo que naturalmente implica renunciar a otros. Todas quisiéramos realizar bien las tareas de cuidados, sin embargo, muchas veces representan agobio, no por el contenido mismo sino por el conjunto de tareas a realizar: la carga global de trabajo. Así, estamos cansadas, y las personas dependientes lo pueden vivir como si ellas fuesen las culpables. De aquí que algunas hijas jóvenes manifiesten rechazo al término «trabajo» cuando sus madres lo utilizan para referirse a actividades que implican relaciones y en las cuales se sienten involucradas.

Probablemente, la cuestión de fondo es que no hemos logrado cambiar la imagen productivista del trabajo. De hecho, el trabajo entendido como actividad de mercado, no incluye relaciones afectivas. En el concepto clásico, trabajar no significa relación afectiva. Tal vez entonces deberíamos plantearnos seriamente si a una actividad que implique relaciones afectivas debemos seguir llamándola trabajo o es necesario buscar otra forma de nombrarla. Esto último plantea dos problemas: un riesgo de mayor invisibilidad al no identificarla con una actividad socialmente reconocida —el trabajo de mercado— y una dificultad de conceptualización, ya que el «cuidado» no representa una actividad concreta.

Como fruto del momento del ciclo vital que están viviendo —no tienen personas dependientes que cuidar— las mujeres jóvenes reflexionan conjuntamente sobre el trabajo doméstico y de cuidados y su relación de pareja. En este sentido se percibe un cambio de actitud. En general, coinciden en que los varones son hoy bastante más colaboradores, pero que la responsabilidad y la organización sigue siendo un asunto de mujeres. Sin embargo, ya no aceptan tranquilamente el rol impuesto a las mujeres y hacen esfuerzos por cambiar la relación: «si vives en pareja, te interesa cuidar la relación; es para disfrutar y no para estar en permanente conflicto». De aquí que la discusión gira en torno al tipo de pacto o negociación que hay que realizar con la pareja en relación a la distribución de tareas, pero sobre todo en relación a la calidad del trabajo y al cuidado mutuo. Parece que la clave estuviera ahí, en lo que significa el cuidado. Para ellas es necesario hacer ver a la otra persona lo importante que es saber cuidarse y cuidar a las y los demás, y lo plantean como una oportunidad de crear una nueva relación.

Su situación vital ha hecho que las mujeres jóvenes aún no hayan reflexionado sobre el cuidado de personas dependientes. De alguna manera muestran resistencia a plantearse situaciones de futuro, como cuidado de padres, madres o criaturas. No hay respuestas claras ante la pregunta de cómo vivirían la maternidad. Parece que el problema de fondo es que no saben exactamente cómo podrían combinárselo. De hecho, una de las razones para la importante caída de la fecundidad en el estado español y el retraso de la maternidad es la dificultad —laboral, económica y social— a que se enfrentan las mujeres ante la presencia de un hijo o hija. Se habla de redes de mujeres, pero de forma muy abstracta, sin plantearse los problemas concretos cotidianos, en el sentido de que la red —además de plantearse como exclusivamente femenina— puede «ayudar» pero no «resolver». Sin embargo, en general, las mujeres jóvenes sitúan «el cuidado» en un lugar importante, y frente a la posibilidad de tener hijas(os) estarían dispuestas a

renunciar a parte de su tiempo de trabajo de mercado, siempre que la situación económica del hogar lo permitiera.

En cualquier caso, no se plantean el cuidado como un problema social y político, sino individual de cada mujer. De aquí que al reflexionar sobre cómo lo resolverían, se encuentren en serias dificultades para encontrar posibles soluciones a nivel individual, precisamente porque al ser una cuestión social y colectiva, no existen soluciones reales a nivel individual.

¿Y el trabajo de mercado?

Para las mujeres mayores, la valoración tan importante que hacían del trabajo de mercado en los años setenta ha variado significativamente. Como comentamos anteriormente, décadas atrás la incorporación al mercado laboral se percibía como la solución a toda la problemática derivada de ser mujer. La experiencia y la reflexión de todos estos años nos ha permitido situarlo —seguramente mejor— en nuestras vidas, porque hemos logrado cambiar los significados. Se sigue reconociendo como una actividad fundamental por las posibilidades que permite: un proyecto profesional que otorga identidad, dinero que puede traducirse en mayor autonomía, espacios para relaciones sociales y afectivas, etc. Ahora bien, situado el trabajo de mercado de esta manera, la cuestión sería: si fuese posible realizar actividades sociales reconocidas elegidas libremente y obtener rentas por otra vía, ¿se continuaría valorando este tipo de trabajo? La respuesta no es clara. En la valoración del trabajo de mercado entran en consideración diversos aspectos, en particular, el tipo de empleo. Un empleo precario, poco agradable y con jornada tediosa seguramente sería en cualquier situación muy poco valorado.

Las mujeres jóvenes entran en la vida adulta de una manera muy distinta a sus madres: participar en el trabajo de mercado es para ellas lo natural, difícilmente se plantean otra opción. La autonomía y el proyecto profesional o laboral se da por descontado. Su problema es otro: la precariedad laboral. Su queja es la cantidad de tiempo que utilizan en cualificarse y la que dedican al trabajo de mercado. De alguna manera, la vida les queda subordinada al trabajo de mercado por el tiempo que éste les exige. Con pocas excepciones, no disfrutaban de su empleo. Además, los salarios bajos las hacen más dependientes, sobre todo a las mujeres con baja cualificación. Aunque tampoco las más cualificadas se encuentran en situación de reducir su horario laboral, debido a la gran competencia que existe dentro de sus profesiones: si bajan el ritmo, en esta etapa de consolidación, se quedan fuera. Esto se plantea como un problema serio porque no permite reducir la jornada de trabajo que muchas desearían, en particular, si deciden tener un hijo o hija.

Es de destacar que en las mujeres jóvenes se plantea constantemente el problema del tiempo, aun sin tener personas dependientes a su cargo. Esta angustia de tiempo que manifiestan las jóvenes es una situación socialmente nueva. Sus madres en general comenzaron a vivir y, en consecuencia, a reflexionar sobre ella, a partir de la experiencia de intentar vivir la maternidad y combinarla con el trabajo de mercado. Seguramente la clave de la diferencia está en la distinta organización del mercado laboral que les ha tocado vivir a ambas generaciones: la precariedad actual les exige a las mujeres jóvenes mucho tiempo de dedicación.

¿Conciliación? no gracias

De lo anterior se deduce que el problema mal llamado de la «conciliación» es una preocupación fuerte de las mujeres mayores, pero de momento no se traduce en una reflexión consciente en las mujeres jóvenes. El problema de estas últimas es el poco control que tienen de su propio tiempo, por la cantidad de horas que dedican al empleo y los estudios, pero al estar en una etapa de su vida en que aún no asumen personas dependientes, no se plantean como conflictiva la organización social del tiempo. Las mujeres mayores tampoco se planteaban este conflicto en su juventud. Sin embargo, es algo preocupante que las generaciones más jóvenes no se estén planteando el tema de la organización social y laboral del tiempo en toda su magnitud; ya que si las condiciones laborales no cambian, lo más probable es que en el futuro los conflictos de vida y de trabajo de las mujeres se acentúen.

En los últimos tiempos, se ha tendido a romper con la rígida organización del tiempo de trabajo de mercado, pero los cambios no han favorecido a las personas y a su organización del tiempo, sino que se han dictado básicamente por consideraciones de eficiencia productiva. En consecuencia, el tiempo de trabajo mercantil y su distribución diaria, semanal y anual, viene cada vez más diseñado por la empresa y no organizado por los y las trabajadoras. Hay una creciente exigencia por parte de la patronal de mayor movilidad geográfica y disponibilidad horaria total. Pero, además, el tiempo de trabajo de mercado sigue siendo el tiempo central, el gran arquitecto de la organización del tiempo social. En función de él, continúa organizándose toda la vida social: ahí cristaliza parte importante de los comportamientos sociales y de las representaciones culturales del tiempo (la máxima expresión de «éxito» hoy es la disponibilidad laboral absoluta). De esta manera, el tiempo de trabajo doméstico, de cuidados y de ocio están en gran parte determinados por el tiempo mercantil. Los tiempos de cuidados siguen ajustándose a la producción capitalista. A esta situación hay que agregarle la absoluta desigualdad entre mujeres y hombres en la distribución de la «carga global de trabajo». Todo esto lleva —muy particularmente a las mujeres de todas las edades— a tener sentimiento de «angustia de tiempo», imposibilidad de hacer compatibles las diversas actividades y desear mayor control sobre su organización del tiempo.

Curiosamente, frente a esta situación comienzan a plantearse las llamadas «políticas de conciliación de la vida familiar y laboral». Tal vez la primera política de este tipo debiera ser volver a regular el mercado laboral, ya que es más simple combinar el trabajo doméstico y de cuidados con horarios pactados que no con la actual flexibilidad. En cualquier caso, lo que interesa destacar es que las políticas de conciliación de los dos trabajos en la forma en que se están planteando, son una falacia. En el actual sistema de organización social, la conciliación deviene imposible y como mucho permite que la «doble presencia» femenina de las clases medias sea más llevadera. No se aborda el fondo del problema, el cambio de modelo. Se plantean mínimos ajustes pero manteniendo la organización social, se elude la realidad. En consecuencia, se sigue tratando la «conciliación» como una cuestión personal de las mujeres que finalmente asumen los costes de sumar dos jornadas de trabajo.³

3 Teniendo en cuenta la forma en cómo se está tratando la «conciliación», en la reunión de las mujeres mayores surgió la pregunta: si a principios del siglo XX, los sindicatos consiguieron los «liberados» bajo el argumento de que eran necesarios para tratar las

cuestiones sociales, ¿por qué no pueden existir las «liberadas» para el trabajo de cuidados, ya que se trata del aspecto social más importante?

Entonces: ¿qué quieren las mujeres?

En definitiva, la experiencia del trabajo (mercantil y doméstico/de cuidados) en las últimas décadas ha llevado a las mujeres a cambiar su relación con dicha actividad, a valorar la actividad de cuidados y relativizar la importancia del trabajo de mercado, a plantearse una conceptualización del trabajo que incluya actividades que impliquen relaciones afectivas o sencillamente a buscar otra forma de nombrar el «trabajo» de cuidados, a reflexionar sobre el problema de la organización social e individual del tiempo y, en particular, del tiempo de trabajo de mercado, como resultado de la angustia de tiempo que viven y de las pocas posibilidades de gestión del tiempo personal.

De aquí que, las mujeres mayores —y, aunque de otra manera, también las jóvenes— manifiesten claramente que frente al modelo dominante cuyo fin es la maximización del beneficio, el objetivo social debiera ser la calidad de vida y el cuidado de las personas y no la supuesta conciliación. Ello representa un nuevo enfoque de la organización social que tenga como eje central la distribución del tiempo a lo largo del ciclo de vida, reconociendo en este proceso la actividad de cuidados realizada fundamentalmente por las mujeres. Actividad que se caracteriza precisamente porque su realización no es lineal, sino que sigue los ritmos del ciclo vital, lo cual es imposible de compatibilizar con las jornadas y horarios existentes en el mercado laboral.

El mundo público se ha construido sobre un tiempo-reloj, sin considerar el tiempo-natural de los cuerpos y la vida. De aquí las demandas de las mujeres de control y gestión del tiempo personal. Dichas demandas deberían ser traducidas a ideas originales en el campo de las políticas públicas. Ello significa considerar en una perspectiva global las distintas actividades sociales y los tiempos de trabajo de mercado, doméstico, de cuidados y de ocio, para plantear una nueva organización social del tiempo que permita romper con la separación antinatural entre «trabajo-empleo» y «vida» y el dominio del tiempo del primero sobre esta última. Debería lograrse que el proyecto de vida no tuviese como eje material y simbólico el trabajo remunerado. Lo cual supone naturalmente romper con el proyecto productivista.

Dada la complejidad y la dificultad de la propuesta alternativa en relación a una nueva organización de los tiempos de trabajo y de vida, y teniendo en cuenta tanto la diversidad de las personas como de las situaciones sociales y laborales, se propone comenzar con pequeños campos de prueba discutidos y decididos democráticamente a partir de la experiencia concreta de las personas. A este respecto se señala a modo de ejemplo, que existen empleos, en los que aunque en ocasiones puedan trabajarse más horas de las habituales (como el sector enseñanza o determinadas profesiones liberales), lo que se valora es la capacidad de control y gestión del propio tiempo.

Ahora bien, un serio problema a enfrentar en esta posible ruptura, es que una mayoría de la población —básicamente hombres, pero también mujeres— tiene asumida la «normalidad» del modelo familiar «male breadwinner» (la responsabilidad monetaria es masculina y la responsabilidad de cuidados es femenina) y del contrato social entre géneros que ese modelo lleva implícito. Romper con este modelo representa un cambio socio-cultural profundo: no se trata sólo de que los hombres asuman una parte más

equitativa del trabajo doméstico; es necesario que lo reconozcan, lo valoren y lo incorporen como una responsabilidad básica. El modelo actual permite que la vida económica de los hombres se realice porque descansa, se apoya y depende de las tareas de cuidados que realizan las mujeres. La equidad entre mujeres y hombres sólo se podrá lograr sobre la base de una transformación profunda del modelo, cambiando las relaciones entre los espacios mercantil y doméstico, dándole prioridad absoluta a las tareas de cuidados. Si queremos construir una sociedad donde a todos y a todas nos sea más grato vivir, el énfasis debe estar puesto en el cuidado de la vida humana y este debe extenderse más allá de las fronteras del hogar, desplazándose a todos los ámbitos de la vida.

Barcelona, diciembre de 2002

[1] bengoa@eco.ub.es

[2] De momento hablaremos de «trabajo doméstico» tal como se utilizaba en los años setenta, que abarcaba todas las actividades que en general realizaban las amas de casa, incluyendo el «trabajo de cuidados».